

—————  
CAPÍTULO XIII.

**M**ANUELITO, que como hemos dicho antes, era un joven enteramente experto en materia de aventuras amorosas, materia á la que, merced á la riqueza de su familia, había podido dedicar todas las horas de su juventud, había arreglado las cosas de manera que siempre que D. Trinidad y D.<sup>a</sup> Candelaria salían á la calle, él lo sabía con pocos minutos de diferencia.

—Oye, Chema, le dijo un mozo á otro, á la sazón que D. Trinidad bajaba la escalera, si pregunta por mí el patrón le dices que fuí allá abajo.

—Allá abajo? preguntó el otro criado con sorna, ya sé *pa onde jalas*.

—Sabes?

—Pos nó.

—No vas á avisarle al roto?

—Pos eso mero, ¿y qué?

—Vas por tu peso?

—No, qué peso....

—No te hagas! yo sé que te da tu peso-te cada vez que le avisas cuando se chispan los señores.

—Bueno, avísale al patrón.

—A qué me convidas?

—Pos ya sabes, merendamos, allá abajo, las quesadillas en *cá* la Chole.

—Con harto tequilita?

—Pos no digo! lo que quieras.

—Corre, pues.

El criado salió del hotel sin sombrero.

Tan luego como D. Trinidad y su mujer salieron del cuarto, Clara, como si obedeciera á un plan preconcebido, corrió hacia su tocador, tomó los peines y comenzó á arreglarse el cabello de manera que bajara sobre la frente, para que prestara á sus ojos esa sombra que el follaje de una planta

suele prestar á ciertas flores que se ocultan á medias. Tomó en seguida la borla y se pasó polvo por la cara, que cuidó de empastar con un pequeño cojín. Derramó algunas gotas de elixir en un vasito, tomó el cepillo y se limpió los dientes; destapó un pomito de *corilopsis* y se puso algunas gotas sobre un lazo de encaje que tenía en el pecho; luego sacó de un cajón un pequeño panesito rojo y se lo pasó por los labios. En seguida, y con más precipitación aún de la que había empleado en aquellos detalles, abrió un ropero y sacó un par de zapatos franceses de cabritilla abronzada que había comprado en la mañana.

Guadalupe, la hermana de Clara, había observado todos aquellos preparativos, y había guardado silencio; pero cuando vió que su hermana iba á ponerse aquellos magníficos zapatos, no pudo menos de preguntarla un tanto turbada.

—Los vas á estrenar?

Tenía esta pregunta toda la intención que era posible; y en el tono de voz con que la

hizo, tono intraducible para nosotros, había, en el fondo de un cariñoso reproche, como el aviso de un peligro. Clara comprendió todo, y esquivando el terreno á que la pregunta la llamaba, contestó con afectada indiferencia:

—Quiero pisarlos un poco.

Esto lo decía Clara cuando ya se había calzado los dos zapatos, y permanecía de pie levantándose el vestido para vérselos bien.

La mirada de Clara era ávida, gozosa y triunfante como la de un dragón á la carabina de repetición que acaba de cargar con catorce cartuchos.

La mirada de Guadalupe envolvía una contemplación concentrada y melancólica.

Clara dió algunos pasos por el cuarto, y experimentaba una sensación de voluptuosidad desconocida al sentir su cuerpo como encaramado sobre aquellos graciosos tacones de tres pulgadas, y casi se maravillaba de poder andar, tocando apenas el suelo en dos puntos.

—Cómo ¡he crecido! le dijo á su hermana. Mira, estoy más alta que tú; y andaba con placer al rededor del cuarto. Era la primera vez que Clara se calzaba así, y estaba realizando uno de sus sueños acariciados por mucho tiempo. Cuando levantó la cara, encontró en la de Guadalupe cierta expresión de tristeza, y por ese encadenamiento rapidísimo de ideas de que la imaginación de la mujer es capaz, exclamó:

—Ya sabes que Manuelito me dijo la última vez que vendría con su amigo.

—Lo sentiré, contestó Guadalupe, porque ese señor....

—Qué?

—Me parece un poco brusco.

—No digas eso; yo sé que es uno de los jóvenes más elegantes de México y de los más ricos.

—Bien puede ser; pero ese joven no me gusta. Por otra parte, su misión cerca de nosotros basta para que me sea antipático.

—Qué misión es ésa?

—Hablarme á mí de necedades, mientras Manuelito te habla á tí de amor.

—Que maliciosa eres!

—No se necesita mucha malicia para comprenderlo así, y debes convenir en que esto, además de ser cansado, nos hace cómplices...

—Cómplices de qué?

—Ya me entiendes. Y esto va á acabar muy mal si lo sabe mi papá.

—Manuelito no viene ocultándose.

—Pero viene siempre que estamos solas.

—Es una casualidad.

—Es una cosa bien preparada.

—Sabes que tienes un flato feroz esta tarde? y todo yo sé por qué.

—Sabes por qué?

—Sí, estás de flato porque todavía no has encontrado zapatos para tí.

—No me importan los zapatos. Ya sabes que los están haciendo.

La tarde declinaba en tanto, y el cuarto, que era uno de los más altos del hotel, estaba iluminado con los últimos reflejos rojizos de la puesta del sol.

Las dos hermanas estaban sentadas cerca del balcón; sólo que á Clara le bañaba el rostro el reflejo rosado de las nubes, destacándola en el fondo casi oscuro ya de la habitación, mientras que Guadalupe que ocupaba el lado opuesto estaba casi bañada toda por la sombra.

Sonaron tres toquidos á la puerta.

—Adentro, dijo Clara.

Y aparecieron Manuelito y su amigo.

Chema y el otro criado, después de encender algunas lámparas, entraron al figón de Chole que está contiguo al hotel.

Este figón es una accesoria con dos puertas á la calle, que es á la vez cocina, comedor, cantina y puesto para vender á los transeuntes; es un hacinamiento de braseros y mesas en donde confeccionan meriendas más de quince mujeres, que no se recomiendan por su limpieza ni por su silencio. Un grupo de ellas fríe en un lago de manteca hirviendo un número increíble de quesadillas; otro confecciona platos de fiambre; aquellas fríen cuartos de pollo, otras hacen

tortas compuestas que también fríen; fríen en fin, gritan, trabajan y sirven, todas aquellas mujeres llenas de cochambre, á una multitud compacta de hombres de grandes sombreros, de muchachos y criadas que vienen de algunas calles á la redonda en busca de aquellas afamadas meriendas. La luz de los quinqués se ofusca en una neblina de manteca; la atmósfera está rojiza como en una aurora boreal, que se verifica bajo de techo con las emanaciones del carbón, de la manteca, del petróleo, de los chiles en vinagre, de la longaniza, del aguardiente y del calor animal de más de sesenta personas que guisan, comen, beben y gritan.

Este es el *restaurant* de los pobres, á quienes atrae el ruido, la confusión y los olores que se desprenden de aquel foco de calor y de grasa.

Chema y su compañero devoraban quesadillas y pambasitos compuestos, por cuenta de Manuelito, no sin mezclar los bocados con algunas frases dedicadas á su protector.

—La lástima es, decía el mozo, que los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4. 1625 BONTERRA 1917

patrones del 13 no salgan todos los días.

—Apenas salen; *croque* el D. Trini ya malicia.

—Oiga!

—Siempre que sale viene á encontrar aquí á los rotos.

—Oh! pos entonces.... Oye, dile que si quiere yo le avisaré cuando vuelvan los patrones, pa que se salga y no se topen en el cuarto. A ver si da otro peso.

—Bueno, todo es lucha.

—Pero dícelo.

—Dícelo tú, ahora que salga.

—No, al salir lo vé el administrador. Será mejor que yo le toque en el cuarto.

—No, hombre, no ves que qué diran las niñas.

—No soy tan *diatiro* para hablarle así no más; ya verás mis mañas.

—Pues hazme la lucha, con eso te convindo á merendar cuando me toque.

Quando Chemá y su compañero hubieron apurado en la cantina una copa grande de tequila para cauterizarse el exófago escoria-

do con los chilpotles, y encendieron su cigarro, se dirijieron al hotel.

Chema fué al cuarto núm. 13 y tocó.

—Adentro, dijo Clara.

—Buscan al niño Manuelito, dijo Chema desde afuera.

Manuel tomó su sombrero y salió dejando en el cuarto á su amigo.

—Qué quieres? preguntó al criado.

Este se separó de la puerta, llevándose á Manuel, con aire misterioso, á lo largo del pasillo.

—Pos quiero decirle á *su mercé*, que *creo* el patrón malicia.

—Qué patrón?

—D. Trini.

—Por qué?

—Pos me anda preguntando que si yo veo entrar á su mercé, y á qué hora.

—Por qué no me lo habías dicho?

—Pos yo, porque no sé si á su merced le parecerá bien que yo le ande diciendo: luego las personas decentes, como ahora su persona de Vd.... pues, no les gusta....

—No, hombre, al contrario; dime todo lo que pase, ya sabes, y metiendo la mano al bolsillo, puso otro peso en la mano del criado.

—Pos yo decía, continuó Chema, que si su merced quiere ahí tengo un muchacho.... pues, es hombre de secreto, su merced puede fiarse de él como de mí mismo, que aunque me tome la mano en decirlo, sé servir á las personas. Ahí están D. González que lo puede decir á su persona de Vd. mi comportamiento, y el Sr. Licenciado....

—Bueno, hombre, bueno, ¿de qué se trata? dijo Manuel impaciente.

—Pos yo creo que si ese muchacho lo ponemos á que cuide, él me hace seña y yo le toco á su merced.

—Sí, pero nos encontramos en la escalera.

—Tiene mucha razón su merced.

—No hay donde meterse mientras entran.

—Pos..... sólo que su merced quiera un cuarto.

—Hay alguno vacío?

—Sí, el 15.

—Dónde está?

—Este, está muy cerca.

—Magnífico, toma, dijo Manuel sacando de su cartera un billete de Banco, tómame el 15 por una semana.

—A quién se apunta?

—A D. Arturo Velazquez. Corre á traerme la llave.

—Pero.....

—Pero qué? corre!

—Vea Vd. al muchacho.—Oye, dijo Chema, llamando á su compañero que había permanecido en la sombra á larga distancia. Este es el muchacho.

—Cómo te llamas?

—Luís.

—Toma, y Manuelito puso otro peso en manos de Luís; José María te dirá lo que has de hacer.

—Sí, señor, no tenga su merced cuidado, dijo José María; él me chifla desde abajo y yo le toco á su merced, pa que se pase al 15.

—Ve á traer la llave, aquí te espero.

José María se dirigió al despacho para apuntar á D. Arturo Velazquez y tomar la llave del 15 alquilado por una semana.

—Dónde está el nuevo huesped? preguntó el administrador.

—Llega por el tren, contestó el criado sin vacilar; pero un señor que lo espera vino á tomar el cuarto á su nombre.

Satisfecho el administrador recibió el dinero y entregó la llave.

José María subió y la entregó á Manuelito que esperaba en el pasillo.

Manuelito volvió á entrar al núm. 13 para reanudar su interrumpida conversación con Clara.



CAPÍTULO XIV.

TAN luego como D. Trinidad y doña Candelaria estuvieron en la calle, comenzó á hacer su oficio el diablo de los celos.

—Conque quedamos, dijo D.<sup>a</sup> Candelaria, en que vas á probarme que se puede juzgar desde la calle de las comodidades de esas gentes malas. ¡Hum! no sé por qué me parece que vas á salir mal con la prueba, y vamos resultando con que no fué *desde la calle* desde donde pudo ver las camas de latón, que tan encantado lo tienen.

—Encantado! quien te ha dicho que estoy encantado; yo te referí el hecho y nada más.